

Artículo de reflexión

La etnografía para acercarse al modo de vida: ir yendo, ir volviendo, seguir llegando

Ethnography to get closer to the way of life: to go, to come back, to keep coming back

Lucy Nieto Betancurt *

Para citar este artículo: Nieto-Betancurt, L. (2025). La etnografía para acercarse al modo de vida: ir yendo, ir volviendo, seguir llegando. *Jangwa Pana*, 24(1), 1-17. <https://doi.org/10.21676/16574923.5677>

Recibido: 30/01/2024 | **Aprobado:** 29/09/2024 | **Disponible en línea:** 01/01/2025

RESUMEN

El texto a continuación tiene como objetivo mostrar cómo los movimientos en una investigación etnográfica permiten romper la ilusión de secuencialidad, y aportar miradas en diferentes direcciones, así como el comportamiento de las líneas cuando se entrecruzan, se anudan y se sueltan. Se trata de la exposición reflexiva del trabajo etnográfico, que buscando saber del modo de vida y en éste de las prácticas de salud mental de hombres y mujeres campesinos en un pueblo de Risaralda. Muestra no sólo las cuestiones que van dando forma a las preguntas, las decisiones técnicas, sino que también interpelan las formas en que nos relacionamos con los participantes de una investigación que se ocupa de la vida.

Palabras clave: etnografía; salud; modos de vida; ruralidad.

ABSTRACT

The following text aims to show how the movements in an ethnographic research allow us to break the illusion of sequentiality, and to contribute with views in different directions, as well as the behavior of the lines when they intertwine, knot and loosen. It is about the reflexive exhibition of ethnographic work, which seeks to know the way of life and in this way the mental health practices of peasant men and women in a village of Risaralda. It shows not only the issues that shape the questions, the technical decisions, but also the ways in which we relate to the participants of a research that deals with life.

Keywords: ethnography; health; lifestyles; rurality.

“Mientras usted y yo continuemos dando y recibiendo, nuestras vidas están juntas o atadas como dos manos agarrándose” (Ingold, 2018)

INTRODUCCIÓN

Dar cuenta de prácticas de salud mental, conocerlas a través del modo de vida es un proceso comprometedor, una cuestión de correspondencia, esto que es una conclusión y a la vez un punto de partida me ha sido posible comprenderlo y asumirlo en el encuentro con *maestros y maestras* como les denominé a quienes me abrieron las puertas de sus casas y me dejaron hacer la vida con ellos en el corregimiento de Peralonso, del municipio de Santuario, en el departamento de Risaralda, Colombia. También la correspondencia viene a mi entendimiento gracias a las conversaciones con quienes fueron mis compañeros de lectura y de clase en el seminario de antropología que tomé como parte de mi pasantía orientada por el profesor Luis Alberto Suarez Guava (Universidad de Caldas, Colombia), y en las lecturas de Mauss, Ingold y Vasco durante el trabajo de campo, que fueron fundamentales para la toma de las decisiones metodológicas con sus conceptos de *correspondencia*, *prestar atención* y *tomar los conceptos de la vida*, respectivamente (Ingold, 2017b, 2017a, 2018; Mauss & Giobellina Brumana, 2010; Vasco, 2007).

El texto a continuación tiene como objetivo mostrar cómo los movimientos en una investigación etnográfica permiten romper la ilusión de secuencialidad, y aportar miradas en diferentes direcciones, así como el comportamiento de las líneas cuando se entrecruzan, se anudan y se sueltan. Esta alusión al movimiento de las líneas la tomo de Ingold (2018), quien a su vez recoge la idea del “rizoma” de Guattari y Deleuze, y con ello propone *la ontología de la línea*, que contiene el mismo vitalismo de Canguilhem (1971), ambos abandonan una ontología del objeto, precisando que lo que se estudia es la vida, no una cosa que solo existe: las vidas pueden ir anudándose a sí mismas (Ingold, 2018). Durante el 2021 llevé a cabo un estudio etnográfico para comprender el modo de vida y en este las prácticas de salud mental de hombres y mujeres campesinos en un poblado rural de un municipio de Risaralda que ha sido elegido a partir del análisis de la incidencia de mortalidad por suicidio.

En el presente texto pretendo dar cuenta de la reflexión sobre varios aspectos sobre mi trabajo de campo etnográfico, y su naturaleza cambiante como la vida en sí. Esto que creí que era una anotación singular, también ha sido la experiencia de tantos otros que relatan lo que pasa en la dinámica del campo en la etnografía. A menudo en los estudios estas reflexiones se presentan como relatos posteriores a las conclusiones de la investigación, de modo que, se omite la reflexión como proceso sincrónico al desarrollo del trabajo investigativo. A mi parecer, tales reflexiones sobre el campo deben ser relatadas como parte del proceso y resultado de los estudios. De este modo es posible hacer notorios los cambios en su forma – la del campo- los cambios que ocurren en quien investiga y en el objeto de estudio preconcebido que para este caso es el modo de vida y las prácticas de salud mental.

Para ello, en el primer aspecto que quiero detenerme es en cómo es y cómo se llega al campo de la etnografía. Con el ánimo de superar la aproximación al *campo* entendido como un escenario,

creo que es preciso relatar cómo y desde cuándo me acerco a este lugar y a estas cuestiones, y por ello lo cuento como varios movimientos de desplazamiento de ida y de regreso. Como quien va llegando al encuentro una y otra vez, quizá al mismo sitio, pero no al mismo lugar. A continuación, mostraré varias de las llegadas, que comprenden desde la visita en un paseo familiar, un primer regreso con preguntas que surgen a través de los análisis documentales, para seguir volviendo a caminar, a dejarme educar y conversar sobre lo que he venido aprendiendo de la vida con mis maestros y maestras.

Llegada 1. De paseo en Santuario, un lugar añorado

Mi primera vez en Santuario fue por un paseo familiar en las vacaciones de enero de 2019. Recorrimos en una tarde sus calles y paseamos los andenes de los cafés que se encuentran en el parque principal desde donde se escuchaba *música de cantina*: tangos, rancheras, valsos y uno que otro bolero. Música que suele hablar de la melancolía por el amor perdido, la nostalgia por la madre que no está, el dolor por el amigo que se ha marchado y que suena con voces a veces fuertes y otras casi de llanto para decir, por ejemplo: “...Yo soy un peregrino que andando por el mundo, con mi dolor a cuestas no sé cómo olvidar, es tanta mi tristeza y mi dolor profundo, que vivo sin amores, sin madre y sin hogar...”¹.

Esa música tan triste, y que ha sido objeto de estudio precisamente alrededor de la melancolía y el despecho (Albán Achinte, 2009), al contrario, evoca en mis papás buenos recuerdos de otros tiempos, en fincas de Santa Rosa de Cabal y Chinchiná, cuando estos pueblos todavía conformaban el Viejo Caldas². Ellos y los abuelos vivían del cultivo del café y el maíz, bien en la finca propia o *jornaleándole*³ a otros. Esa es la misma música que suena en casa desde que éramos niñas mi hermana y yo, en Zarzal, en el norte del Valle del Cauca. Allá, a donde migraron mis papás cada uno por razones y en momentos diferentes en la década del 70, desde el eje cafetero. Ellos, lejos de la tierra y apenas con la educación primaria, se dedicaron al comercio.

Allí en el norte del Valle hicieron familia, en un lugar bien diferente del que provenían. En un pueblo caliente, que tenía cultivos de algodón, caña y frutales, que luego se tornaron en monocultivos de caña, por cuenta de un ingenio azucarero y la gran fábrica de dulces que dan la vocación industrial a Zarzal. Y donde la música en la calle y en las casas de los vecinos sonaba alto, con letras románticas, alegres y al ritmo ágil de la salsa en los 80 y 90. En este paseo por Santuario, al escuchar toda esa música pausada y de letras tristes que sonaba alrededor de la plaza, tal como a mis papás, lejos de sentir melancolía, esa música me hace sentir como en casa. Las evocaciones de su vida en el campo, parece que también son mías, me reconozco también de aquí de la tierra del café, de la música de letras *como para morir*, y siento que he vuelto a donde ya he estado a través de esos relatos de las canciones y de la familia.

Es una tarde soleada y fresca. Hace buen clima para caminar sin sofocarse, como podría ocurrir en el Valle. Vamos lento para poder contemplar cada cosa que vemos. Nos detenemos para notar

¹ Letra de la canción “Soy peregrino”, del Conjunto América.

² En diciembre de 1966 a través de la ley 70, se da lugar a la división del “Viejo Caldas”, conformado por los departamentos que hoy conocemos como Quindío, Caldas y Risaralda. (López-Pacheco, 2011)

³ Trabajando al día, “jornal”.

la arquitectura reconocida en el Paisaje Cultural Cafetero (PCCC)⁴. Casas grandes, con balcones amplios y vistosos, adornados con veraneras (buganvillas) y banderas. Puertas en madera tallada, y pintadas de colores vibrantes púrpura, rojo, amarillo, verde, azul. Estas a su vez con aldabas metálicas se destacan en la denominada “calle real”, que hoy constituyen la concentración comercial de la cabecera municipal. Así, aunque luzcan como casas, responden a la normativa del patrimonio conservando la fachada, y hoy funcionan como locales comerciales entre los que hay restaurante, cacharrería, venta de ropa y papelería. Al ver todos esos locales, mi mamá luego de un rato, en modo de broma y propuesta sería le dice a mi papá “vengámonos para acá y montemos el negocio”.

Nos quedamos un rato en el parque. Este tiene en frente la alcaldía municipal y en un costado la plaza de mercado, que, a la vez funciona como terminal de buses y de jeeps. Nos sentamos un rato a ver los jeeps que llegan y se estacionan alrededor del parque. De estos, empiezan a subir y bajar personas que cargan bolsas llenas de mercado, y costales con marcas de insumos agrícolas. Lucen atuendos diferentes, unos con poncho y sombrero, otros, sobre todo mujeres, con collares y vestidos de colores. Al observarlos, vemos esos atuendos como formas de acentuar diferencia, haciéndose ver y notar que unos son campesinos con el estereotipo paisa, las otras revelando su origen indígena.

Mientras caminamos, el tiempo se siente lento y nos acoplamos a él. Al fin y al cabo, estamos de paseo, sin prisa. Sobre la misma acera de la alcaldía están los cafés, llenos de mesas y algunos con billar. De ahí es de donde viene la música en torno de la cual la gente está sentada conversando mientras beben café o cerveza. Mis papás miran como añorando y dicen “oiga eso”. Cada uno cuenta algún recuerdo y al hacerlo, lo hacen con la alegría de quienes han vivido y amado el campo, lo han sufrido y a éste agradecen el origen, el arraigo y la capacidad de trabajo. Fantasearon hacer su vida en un lugar como este, *de campesinos*, donde la vida pasaba a la parsimoniosa velocidad de un domingo.

Nos sentamos a seguir conversando y a escuchar la música en la panadería ubicada en la esquina diagonal al parque. Pedimos café y algo de parva para el algo⁵ y luego de comer regresamos a casa. Aún no sabía que volvería a Santuario, ni cómo iba a regresar. Lo único que nos llevamos de ahí fue un par de fotos familiares en las que quedó plasmada la alegría de recorrer un lugar de añoranza, y el asombro por pagar en la panadería un buen tinto a 600 pesos y la cuenta de seis comensales con un billete de diez mil y recibir vueltas.

Distancias entre el campo y el hogar, aportar la parcialidad

Todo este primer acercamiento viene al caso en mi intento de definir el campo. En los estudios antropológicos clásicos se mencionan lugares exóticos, lejanos, de difícil acceso, con condiciones limitadas para la supervivencia y al que con frecuencia se llega por casualidad (Gupta

⁴ La declaratoria de paisaje Cultural Cafetero de Colombia se obtiene el 25 de junio del año 2011, y se otorga por parte de la UNESCO como consecuencia de haber sido evidenciado un patrimonio material e inmaterial en hábitos, costumbres y conocimientos de los habitantes de este territorio, conformado por 53 municipios.

⁵ “parva para el algo” es una expresión común para decir, pan o algo de harina, que se come en la tarde luego del almuerzo y antes de la cena.

& Ferguson, 1997; Piñeiro & Diz, 2018). Estableciendo una distancia no sólo espacial, sino en toda la humanidad del investigador respecto de las vidas a las que llega. Una descripción encauzada a mostrar la diferencia y la hazaña del investigador que abandona lo cómodo, lo conocido, el hogar. Aspecto que Gupta & Ferguson (1997) describen como una forma arquetípica del campo y el trabajo de campo como un viaje que no haría cualquiera, y donde pareciera que la extrañeza que origina la pregunta se indicara cuanto más opuesto al hogar, a lo que le es familiar. Como si el rigor se garantizara con la distancia.

Al contrario, yo creo que es necesario asumir que el campo y el hogar si bien tienen distancias, para ser precisa y correspondiente con la parcialidad de la que habla Haraway (1995), demanda señalar los encuentros y las raíces que conectan con ese lugar y con esas vidas. Si se piensa de este modo, el campo de la etnografía, deja de parecer un lugar estático, un pedazo de tierra con propiedades y con gentes, que cobra vida con la llegada de quien investiga. Un escenario que espera por un actor que lo interprete y “de la voz a quienes allí viven”. Como si la vida no ocurriera y fuera ocurriendo de modo constante, como si la historia fuera sólo cosa pasada, que se empieza a hacer cuando se formulan preguntas. Esto quizá como consecuencia de una demarcación imaginaria del *a dónde voy*, que brinda una cierta tranquilidad a quien quiere conocer, y encuentra en esa demarcación una forma de capturar algo.

Digo esto, considerando a quienes evalúan propuestas de investigación como ésta en las fases preliminares. Deben guiarse utilizando criterios de “factibilidad, pertinencia, trazabilidad y adecuación”⁶; para lo cual requieren saber de antemano cuál es el campo -lugar- y por supuesto se responde en esas formas convencionales. Pero, es claro que hay una brecha enorme entre ese campo descrito, para satisfacer el proceso burocrático, y al que se empieza a llegar apenas se emprende la investigación, o mejor apenas se empieza a llevar la vida con las personas, los animales y las cosas que habitan ese lugar (Guzmán Peñuela & Suárez Guava, 2021). El contexto al que me acerco no resulta exótico en tanto vivo en la región, y mis ancestros vivieron de las labores del campo entre ellas la caficultura, aspecto que determina en buena medida mi interés en este lugar.

Superada entonces esa forma paralizante de pensar el campo etnográfico como escenario del que nos apropiamos como investigadores, es posible asumir que no se define a priori. Aunque hagamos unas búsquedas con el ánimo de ubicarnos y tratar de avizorar qué lugar y qué actividades nos ocuparán un tiempo. Si acaso, tendremos idea de las generalidades técnicas, algunas reflexiones éticas y todos los miedos alborotados o en otros casos, toda la confianza que puede aportar la ingenuidad.

El campo como lugar es, y tiene un ritmo, y su dinámica depende del establecimiento de una relación de correspondencia que inicia al manifestar la intención de educarse, (en este caso por parte de una como investigadora), y que alguien se permita corresponder a esta intención y se constituya el compromiso de enseñanza (en este caso alguien de la comunidad). Así, como señala Ingold (2017a) y retoman Guzmán Peñuela & Suárez Guava, (2021), se trata de llegar a educarse y

⁶ Son los criterios que se establecen en el formato de evaluación para la convocatoria interna de proyectos de la Universidad del Valle, que financian esta investigación.

por esto se entiende, prestar atención, prestar atención a la naturaleza de la vida. Y, para conseguir esto, la extrañeza que se pretende no es la del héroe que abandona el hogar, sino que se refiere a poner entre paréntesis lo que una cree saber, sus formas de decir, de moverse, y permitirse ser moldeada en el proceso.

Un ejemplo de este moldeamiento lo señala Ana María Rodríguez (Rodríguez Suárez, 2020) al contar cómo en los primeros días en San Bernardo, Cundinamarca, se sentía frustrada por no saber qué hacer, o cómo llegar a su tema “sobre la momificación de los cuerpos” y de manera algo desesperada, pero comprometida, iniciaba conversaciones con los abuelos del ancianato que resultaban dirigidas de manera forzada a responder lo que ella creyó era la pregunta para resolver. Luego halló cómo ponerse a hacer y ahí fue como volvió y descubrió qué iba a aprender, lo que se reveló, posteriormente, durante la escritura.

Así las cosas, llegar al campo a educarse es un encuentro que se afecta y se constituye con las presencias de quienes se acercan, conversan y comparten. Las preguntas no se hacen en una dirección, quien investiga y se educa es quien de entrada manifiesta su intención, y en retorno recibe también preguntas, tareas y problemas que no estaban en sus preliminares al encuentro. Para conocerse, preguntan a partir del involucramiento con quien investiga, para que sea con ellos en la vida. El encuentro *va siendo*, en tanto quien investiga trae consigo una experiencia indirecta sobre lo que cree que es el campo como una forma preestablecida, más no definitiva, pues se transforman en el volver una y otra vez.

El campo al ser encuentro de quienes van siendo (quien investiga y quienes enseñan), sabiendo cómo se vive, mientras una se entera y de pronto logra entender por qué y para qué está ahí, termina siendo un acto humilde y generoso de educación. Como relata María del Rosario Ferro (Ferro Umaña, 2021), de su experiencia al encontrarse con los Iku en la Sierra Nevada de Santa Marta, donde, aunque tenía clara su propuesta de investigación aprobada en la universidad, y a pesar de que estaba ya preguntando sobre lo que creía que era el objeto de su trabajo, no había empezado a llegar, no había sido recibida. Debó mostrar disposición a relacionarse y a aprender, y de esto se entera luego de un tiempo en el que le preguntan “¿usted por qué está aquí?” y no logra responder a la pregunta con las respuestas que había armado en su propuesta de investigación y que bien habían satisfecho a sus evaluadores de la comunidad académica.

El campo etnográfico, que da lugar al trabajo de campo de la investigación, se teje en modos de relación que van dinamizando un proceso. Es decir, llegar al lugar en donde se hace el campo, aún no es llegar al campo, sino el inicio de disponerse a tejer un proceso que se va configurando y transformando por los animales humanos y no humanos, las cosas, las jornadas, los cuerpos, y aspectos inmateriales que surgen de las relaciones entre todos estos y que permiten acercarnos a las formas de pensar (Guzmán Peñuela & Suárez Guava, 2021).

Quien llega realmente ha hecho suyo algo de ese campo a través de aproximaciones indirectas, imaginaciones o referencias de lo que es como lugar, pero también descripciones que otros le han ofrecido sobre otros momentos y dinámicas. En ese mismo proceso de apropiarse es que ha planteado unas preguntas iniciales, y es este devenir el que hace que éstas se reformulen. Es una serie de movimientos en un proceso de ir, volver y continuar yendo, y también es un

entrecruzamiento que cuestiona la persona, las disciplinas. Movimientos en múltiples direcciones que definitivamente reconfiguran eso que se suponía conocer y la comprensión de los propósitos y alcances de la investigación.

Así, se va yendo una y otra vez y hay múltiples relatos que coinciden en esta forma de experimentarlo (Piñeiro & Diz, 2018). Es, de este modo, una experiencia compartida, en la que se trenzan líneas que van consolidando una conexión o varias que sostienen la relación a partir de correspondencias, que a su vez irán cambiando con las fuerzas que tensan cada hilo (Ingold, 2018). No es una linealidad en un sentido, ni en un tiempo, ni en un lugar delimitados. El campo de la etnografía es acción que se transforma, y a su vez transformadora. Por lo tanto, lo que apenas puede decirse de éste aquí, es un fragmento, una fugacidad de lo que limitadamente puede una observadora describir. Y como señalan otros, realmente no existe tal separación radical, el campo nos atraviesa y nunca estamos en realidad fuera de él (Gupta & Ferguson, 1997).

Llegada 2. El lugar que señalan los datos

Siguiendo con la intención de dar a conocer cómo realizo estos movimientos *hacia, desde y en el campo* de la etnografía, otros pasos se adelantaron a través del análisis de la información documental. Desde octubre de 2018 recolecté y analicé documentos con información histórica y datos sobre aspectos diversos del municipio, el caserío y lo relacionado con la declaratoria de Paisaje Cultural Cafetero de Colombia (PCCC). Recurrí a notas de prensa publicadas en diarios locales y regionales, reportes originados desde la alcaldía municipal sobre condiciones de salud, aspectos económicos y sociales. Informes nacionales y regionales de Calidad de vida, de Necesidades Básicas Insatisfechas [NBI] generados y publicados por el DANE, también boletines de la Federación Nacional de Cafeteros [FNC] sobre el comportamiento de la producción y comercialización del café, y las campañas que se realizan en el territorio para acompañar a los caficultores y caficultoras.

Solicito el ASIS (Análisis de la Situación en Salud) anual del municipio, recurro a investigaciones y publicaciones no oficiales, que documenten hábitos, prácticas, acontecimientos de interés en la vida de la localidad, aspectos de salud mental, sociales que pueden hallarse en estudios previos realizados con el ánimo de que aporten elementos históricos, y contexto a las entrevistas, así como elementos clave para la triangulación (Bowen, 2009). La estrategia de búsqueda la realicé a través de internet (página web de *El Diario*, periódico de la región) y de la biblioteca y/o repositorio local de los impresos (noticias, publicaciones de la Alcaldía, Secretaría de Salud Municipal). Para el período de tiempo de los documentos se propuso inicialmente una ventana de 10 años a la fecha, es decir desde 2011, año de la declaratoria del PCCC.

Sin embargo, al encontrarme con los hombres mayores de la vereda, los temas de conversación me llevaron a considerar los conflictos partidistas desde la década del 40, *El Bogotazo* y la agudización del conflicto armado colombiano en la primera década del 2000; me doy cuenta de que tal ventana temporal propuesta no da el marco necesario para comprender lo que voy experimentando y lo que me es narrado en los encuentros. Es así, pues, como el proceso de revisión documental también va creciendo y no es secuencial, ni lineal, es como la vida misma y se conjuga en varios tiempos.

De otro lado, antes de llevar a cabo el estudio era inevitable cuestionarse por la coherencia de elegir hablar de salud mental con personas en una comunidad a la que yo inicialmente señalé porque presenta altas tasas de mortalidad por suicidio, siguiendo los informes del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses INMLCF. Más aún cuando esta iniciativa plantea una posición controversial respecto del modo habitual en que han sido desarrolladas las aproximaciones a la salud mental, y cuestiona este señalamiento y elige el modo de vida en lugar de concentrarse en el cuerpo de quien muere por suicidio. No obstante, pretendiendo coherencia política, ética y lógica, asumo que adoptar el lenguaje de la salud ideal no puede lograrse sin relación al sufrimiento y la enfermedad (Bibeau & Corin, 1995). Considero que una comunidad que ya ha sido diferenciada por lo que los datos dejan ver inicialmente, puede también revelar otra experiencia.

Propongo una lectura que parte de interpelar lo que se afirma con los datos sobre el riesgo y la muerte por suicidio, algo que en conversación con la profesora Eugenia Bianchi, denominó una “lectura politizada de los datos que abre nuevas preguntas”. Justo sobre esa base atribuyo a estas personas un saber que es requerido para la comprensión, que circula de modo posiblemente tácito en sus dinámicas cotidianas. Por ello, empiezo por anotar otros aspectos que atraviesan la definición de este como un caso de particular interés. Y esto me lleva a pensar y desplegar las entrevistas y la observación participante como técnicas que me permitieron conversar con lo leído y comprender lo vivido.

Llegada 3. De quienes participaron en el estudio y el uso de otras técnicas

Si bien los documentos me permiten dar cuenta de un municipio en el que se entrecruzan varias condiciones sociales, como el encontrarse en un territorio afectado por el conflicto armado y la violencia específica paramilitar (Martínez et al., 2010), con una alta tasa de migración, así como las altas tasas de muerte por suicidio y del reporte de las violencias basadas en género de acuerdo con el triage poblacional 2020 para Risaralda (DANE & UNFPA, 2020). De otro lado, se trata de un municipio con una importante población rural, que corresponde al 50% de la población total y que específicamente se encuentra aún en el proceso de la transición económica de la caficultura hacia el turismo (Nates-Cruz & Velasquez, 2009).

Consideré, a partir de los datos iniciales, que debería trabajar enfocándome en las mujeres porque al analizar la información de salud en el municipio, el reporte de la violencia de género apareció como fenómeno de alta incidencia. Además, contrasta con ser uno de los tres municipios en el departamento de Risaralda en el que no se ha reportado violencia psicológica en el año 2020 (DANE & UNFPA, 2020). Luego de conversar con las autoridades sanitarias y realizar entrevistas con la dirección local de salud y a las profesionales de psicología que trabajan en el municipio, tanto en el hospital, la comisaría de familia, como en instituciones educativas, ellas me explican que las necesidades del casco urbano son más atendidas y menos complicadas que las de la zona rural. Indican además que las barreras en el acceso a los servicios de atención han aumentado a raíz de la pandemia por COVID 19, la migración permanente por ir tras los cultivos y las formas de contratación, las dinámicas de consumo de sustancias psicoactivas como una forma naturalizada y autorizada para trabajar y las violencias en las familias. Situaciones todas que particularizan la

problemática de la salud mental en la zona rural⁷. Teniendo en cuenta esto, decido que el lugar al que debo desplazarme es el corregimiento de Peralonso y que las personas con quienes debo conversar están efectivamente en el campo (ya hablando de este como lugar), se entenderán como campesinos y campesinas, o habitantes de la zona rural.

Con ayuda de las psicólogas y siguiendo sus orientaciones, sobre cómo ellas realizan sus visitas al corregimiento, decidí acercarme por vía de la escuela, y que así identificaría líderes y lideresas de la comunidad para enterarme del caserío y de lo que allí ocurría sobre la salud mental y el suicidio. Pensé en la junta de acción comunal, las promotoras de salud, el sacerdote, y el corregidor como contactos iniciales. Personas -imaginadas- entonces elegí toda una guía de instrumentos que me permitieran registrar las entrevistas, tomar notas, y acumular de alguna manera todo lo que pudieran contarme.

Luego de las entrevistas en la cabecera municipal y de obtener el teléfono de una profesora que viajaba a diario al corregimiento, realizo una visita inicial en febrero de 2021 y me presento a través de profesoras y profesores de la posprimaria (como se le denomina a la sede de bachillerato rural de grado sexto a octavo) y la primaria de Peralonso, el corregidor, el diácono de la parroquia de Peralonso, como autoridades del lugar y con la profesora de pre escolar. Ellos me escucharon, resolvieron varias de mis inquietudes y procedieron a presentarme con otras personas y a encargarme⁸.

Dando confianza sobre mi procedencia y mis intenciones ante los habitantes del caserío, me recomendaron con varias personas para conseguir un lugar en alquiler para pasar las noches. Entre marzo y diciembre de 2021 me radiqué en Peralonso, dividía la semana para poder estar en mi lugar de trabajo como docente lunes y martes, y viajaba desde el miércoles al domingo al corregimiento. Inicialmente renté una casa al lado del colegio posprimaria donde estuve durante cuatro meses. Luego en la medida en que fui conociendo cada vez más gente y dado que hubo cambio en la situación laboral de mis arrendatarios, terminé viviendo acogida en la casa de una pareja que me adoptó, pues le decían a la gente que yo era la mayor de las mujeres de la casa “la adoptiva”, a modo de chiste y forma de cuidado. En otras ocasiones pernocté en fincas vecinas donde me invitaron a compartir en reuniones, o sólo a hacer visita.

Si bien mis contactos iniciales son quienes me abren puertas, acogida y cuidado, quienes participaron de manera determinante en este estudio, no fueron elegidos a partir de un criterio exclusivamente mío, sino que fue algo que se fue dando en reciprocidad, a medida que compartíamos espacios y conversaciones, se fue consolidando la relación con líderes, lideresas, personas que vivieron experiencias importantes como víctimas del conflicto armado y que sufrieron como consecuencia de éste y requirieron cuidado; así ellos y ellas eligieron enseñarme cosas, invitarme a sus casas y conversar sobre lo que inicialmente yo pretendía saber. Poco a poco yo me fui dejando educar.

En cuanto al uso de las técnicas, en particular con la observación participante sucedió que para

⁷ Esto se expone en detalle en el capítulo 5 donde se analizan los hallazgos desde la orilla profesional.

⁸ Decir a otros que me presten atención y cuidado por ser nueva en el lugar, y que no represento un peligro para la comunidad.

mi sorpresa, efectivamente ocurrió que observé todas estas situaciones que contemplé observar (reuniones, fiestas, rituales), y otras más íntimas (discusiones, chismes, peleas, acuerdos familiares); no obstante, aunque había realizado una guía de observación, en realidad esto no funcionó así, (sólo dirigido por la guía), lo que acompañó todo este proceso fue el diario de campo, porque la guía resultaba funcional si mi intención fuera la de constreñir la realidad a su forma.

Los diarios de campo fueron un elemento central en este trabajo, en el que consignaba lo que iba sucediendo cada día, subrayaba aquellas cosas que llamaban mi atención, planteaba preguntas y cosas que no entendía y debía continuar pensando. Registré con sus fechas y contextos las expresiones directas tal y como me las enseñaban y lo novedoso de cada día, aunque las labores hubieran sido jornadas que ya me eran reconocibles. Este fue inicialmente un registro difícil porque no estaba muy familiarizada con él, pero paulatinamente como ayuda para la memoria, devinieron como elemento clave para el desarrollo de la escritura.

También tenía una especie de diario alternativo que me permitiera ir dando cuenta de las cuestiones emergentes en el mismo proceso, para dialogarlas en mis encuentros con mis asesores, compañeras y compañeros de escritura durante el desarrollo de mi pasantía y fundamentalmente como parte de la reflexividad y la vigilancia del rigor (Guber, 2019) para el estudio. Además, todo este proceso fue precedido por la evaluación del comité de ética de la universidad del Valle, que avaló el protocolo de trabajo de investigación, el consentimiento informado previo a las entrevistas y las estrategias propuestas para controlar eventuales riesgos mediante el acta 016-020.

Llegada 4. Humanar es prestar atención, volver a escuchar, darse y comprender

De acuerdo con Alonso, (1998), la entrevista es una conversación entre la investigadora y un participante, en donde se construye una narración conversacional de manera conjunta que permite entrar en un lugar comunicativo de la realidad donde la palabra funge como vehículo de la experiencia. Habiendo varios tipos de entrevista, inicialmente opté por entrevistas abiertas e informales, con una guía no tan estructurada; no obstante, de lo que me voy dando cuenta en el tránsito del ejercicio es que el desarrollo del trabajo de campo no se acoge fácilmente a los guiones y que tal como la presenta Alonso (1998) la entrevista no tiene reglas fijas. Entonces me quedo con su forma natural y abierta de conversación.

A través de la siguiente viñeta, más allá de la descripción técnica del uso de las entrevistas, quiero hacer énfasis en lo que ocurre en mí como investigadora a partir de ella, lo que me permite conocer y ser. Preciso mostrar que la escucha si bien inicia durante la interacción, continúa cuando se vuelve al relato, cuando se reescribe el acontecimiento, volviendo sobre las notas y se abre con la posibilidad de posicionarse distinto, ya con distancia de las emociones, pero sin desconocerlas u omitirlas. A esto se suma cómo la comprensión implica estar en disposición de darse a humanar con el otro, hacer con el otro (Ingold, 2018).

El otro también quiere conocer, o cuando el miedo no deja escuchar

V. vive unos cuantos pasos detrás de la iglesia de Peralonso. Su casa es punto de llegada y de referencia porque alimenta a los jornaleros y a los forasteros como yo. Su casa es de madera y

luce ordenada e impecable. Llego al mediodía, hace calor, la calle está sola y se escucha el sonido de fondo del televisor con la telenovela “Mar de amor”.

Mientras está ocupada con las tareas de la cocina, saludo desde la sala y desde allá me dice con una voz fuerte pero amistosa *sigá, bien pueda*. Como ya he conversado con alguien que es cercano a su círculo, apenas me ve me indica que sabe que soy una psicóloga. Con esto que para mí es sorpresa, nos saludamos con respeto y cierta distancia. Es mi primera vez en su casa y estoy observando todo y ella me observa mientras sigue en lo suyo. La presentación no ha sido fácil, la sorpresa y mi temor por ser la primera vez que ingreso a una casa hacen de esto una entrada tensa.

La cocina es enorme como una sala y tiene una ventana con una vista privilegiada, que cuando está despejado deja ver Manizales y Santuario. Al lado de la ventana se encuentra el fogón de leña encendido con varias ollas humeantes que contienen lo que será el almuerzo, y el maíz para las arepas del día siguiente. Todo el conjunto se complementa con los perros entrando y saliendo de la cocina, entre tanto ella mueve la leña, sube o baja ollas, se agacha a sacar tarros, lava loza, lanza gritos llamando a sus nietos o a su hermano para hacerles encargos, se limpia el sudor y me habla. Ella está en la cima de su jornada de trabajo, y yo sentada sobre el baúl grande de madera que está en el frente de la ventana, que es justo del que debo pararme cuando me percato de que estoy estorbando porque es donde ella guarda el mercado y ella debe sacar cosas de ahí para continuar con su trabajo. Esta sensación de estorbo es justo la de no hacer nada más que estar ahí escuchando, observando, pero sin poder trabajar o contribuir a la tarea.

Fig. 1. Fotografía de la vista desde la ventana de la cocina de V. abril 2021



V. es una señora joven, robusta y se mueve con vigor. Sin embargo, a medida que vamos conversando, se presenta como si fuese mayor de lo que es. Habla de sí como alguien que ha vivido mucho y cuenta una historia como una carga que, al pronunciarla le procura descanso, de hecho,

tiene mi atención y parece que esto le anima a conversar más, aunque se encuentre tan ocupada. Cuenta de sus largas jornadas de trabajo y de las responsabilidades que tiene a cargo.

Me mira con detenimiento al momento de escucharme, sus ojos se dirigen directo a los míos y no me deja ver señales de aprobación o desaprobación, que busco en medio del temor que me genera lo que pueda ella pensar de mí. Siento que me evalúa y esto me inquieta. Además, lo nota y lo usa para advertirme, por lo que añade declaraciones sobre lo que ha sucedido con el anterior diácono y la directora de escuela, *salieron tallados*⁹ del corregimiento, según explica, gracias a sus denuncias, porque ella dice *lo que le parece y lo que no*.

Con esto, me hace saber que es una figura importante en la comunidad y me advierte que me ande con cuidado, con lo cual no solo me deja saber que me lee en mi temor, sino que no dará su confianza fácilmente. Aquí me permite también caer en cuenta que sin haber pasado días o sin siquiera haberme instalado en el corregimiento, ya me están indicando reglas de comportamiento. El ejemplo de los que han estado y se han tenido que ir por las denuncias, es una forma clara y sutil de contarme las reglas sobre lo que puedo hacer y lo que no, y las consecuencias de un comportamiento inapropiado.

Me pareció muy pronto para saberlo, pero esto me hace pensar en lo relativo del tiempo mínimo para el conocimiento suficiente, cuando se está en el campo, pero también interpelar lo que este significa el campo como lo hacen (Guber, 2019; Silva Ríos & Burgos Dávila, 2011). Es decir, el campo no está siendo lo que pensaba, algo que empieza cuando yo pregunto, pero está siendo lo que es, y parte de ello es este encuentro en el que soy evaluada.

V. persiste en averiguar más sobre mí, sus preguntas son ágiles y se despliegan una tras otra, “¿usted de dónde viene?, ¿quién le paga?, ¿qué es lo que quiere?, ¿es casada?, ¿tiene hijos?”. Ni siquiera puedo relatar claramente cómo salía al paso tratando de ser genuina y no mostrarme intimidada.

Al tiempo que le respondo ella me va relatando que es oriunda de Antioquia, me habla de su niñez, como una *no niñez*, porque su madre la puso a trabajar *como mula* para llevar la carga de cuatro (de ella, su hermano, su mamá y su abuela) desde los 12 años. Luego me cuenta cómo emigró cogiendo café *a ver si podía tener algo de felicidad para ella, porque siempre estaba trabajando para la familia*. Se casó muy joven con un primo para ver si podía cambiar de vida, y en un gran salto cronológico cuenta cómo luego de 30 años de casada, y ya 3 años de separada, ahora no sabe lo que siente. No sabe si lo quiso y apenas ahora se da cuenta o qué lo que sucede. Su voz se quiebra.

Ruedan algunas lágrimas cuando se quiebra su voz, y añade que sabe que le duele que este hombre no quiera tener contacto con ella por *chismes y malos comentarios*, pero se seca y vuelve a su postura firme, altiva, fuerte. Es muy poco tiempo y lo único que logro pensar es en lo paradójico que resulta que a su casa lleguemos todos, sus hijos, los jornaleros y los forasteros; igual que antes con su mamá, sigue alimentando a muchos para vivir, sigue ocupándose de

⁹ *Salir tallado*, es como salir obligado de un sitio, porque su presencia no es deseada.

trabajar para alimentar a otros.

El punto nodal de esta sensación de ser indagada me permite considerar varias cosas. Por una parte, me permite sentir de qué se trata esto de la implicación subjetiva de quien investiga en este modo. Hay muchas sensaciones en mí, preocupación, temor, desconfianza y es a partir de esto que puedo conocer. Por otra parte, me llama la atención, desde lo epistemológico cómo estaba objetualizando a V., por no haberla considerado como sujeto de conocimiento, es decir como mujer dispuesta a conocer, lo que Guber (2019) denominaría epistemocentrismo, desde el cual juzgo su curiosidad como amenaza, pero también es ante todo una manifestación de esas violencias que una con frecuencia no piensa, ni expone y son naturalizadas en la dinámica de la investigación social.

Sólo al evocar y pensar sobre esta conversación, puedo apreciar la maestría y naturalidad con la que me deja conocer mientras me conoce. Aquí las reflexiones en torno de la reflexividad y la intersubjetividad vienen por completo al caso, porque alerta de mi forma colonial de acercarme, me devuelve a observar mi comportamiento, advertencia ya indicada por Smith, (2017) quien, además, inquiere sobre las implicaciones de la investigación para quienes participan en ella, y es de lo que se ha encargado V.

De a poco le pregunto sobre sus jornadas, me las describe con detalle, trabaja *todo el día, desde las 3 de la mañana por ahí hasta las 11 de la noche*. La lista de tareas comprende desde la preparación de las comidas (tamales, morcillas, sancochos, frijoles), pasando por empacar y despachar almuerzos a los jornaleros que contratan con ella, el mantenimiento de la casa, la cría de animales, la atención a los nietos, lidiar con los sufrimientos de las hijas, ocuparse del cuidado de su hermano, y el de su hijo mayor, ambos con discapacidades distintas. El primero con un diagnóstico de trastorno mental con un manejo psiquiátrico de larga data, el segundo con discapacidad auditiva -sordera de nacimiento-.

Por un momento, parece caer en cuenta de todas sus responsabilidades, de todo lo que hace y como para no cerrarse sólo al trabajo, las tristezas o al cansancio de sus labores, sino también mostrar sus capacidades y logros, describe cómo fue la lucha para que su hijo se valiera por sí y cómo su proceso con él le permitió aprender a ambos lengua de señas y vivir unos tiempos no tan malos en la ciudad, donde conoció gente valiosa que le tendió la mano y le facilitó la vida.

Luego de almorzar, por andar pensando en lo que ella me advirtió me encuentro muy frustrada y agitada, me despido y aunque siento alivio de haber salido de esa situación, ya estoy preocupada por lo que vendrá. Esta que es una de mis primeras conversaciones en el corregimiento y me ha puesto nerviosa. A pesar de haber leído otras experiencias de campo, no me esperaba tantas preguntas dirigidas a mí. Y yo con intenciones de distancia y queriendo pasar desapercibida, desconozco mis privilegios y gracias a que la curiosidad de V. me sacude, me enrostra que soy diferente y la ingenuidad de creer que quien iba a indagar era sólo yo. Cuando salgo de esta casa, siento que lo he hecho mal, que no estaba preparada para recibir muchas preguntas, y me cuestiona cómo puedo querer saber tanto de otros si no estoy dispuesta a dejarles saber de mí, siendo esta mi primera lección de reciprocidad, de respeto.

Sin embargo, toda esta comprensión llegó luego, mientras trato de ordenar las notas, en la noche ya con la calma recobrada, y a solas vuelvo sobre mis apuntes. Apenas en ese momento valoré distinto la conversación del mediodía, noté que la conversación fue de su parte más generosa que auscultadora. Yo preocupada por cómo me viera, me había centrado demasiado en las preguntas que ella me hizo y en todo lo que yo estaba experimentando mientras conversábamos. Afortunadamente en las notas registro lo que ella relata, y apenas cuando dejo de preocuparme por mí y su apreciación de mí, pude escucharla mejor.

Por eso digo que la conversación no es la que se da en el tiempo del encuentro, pues cuando vuelvo al apunte y al relato y ya no soy el centro de análisis y observación, es apenas cuando logro percatarme de que ella me ha compartido su sufrimiento. Leo todo diferente, y ya no es la mujer que me evalúa -que en efecto lo hace-, sino que logro leer el relato de alguien que denuncia cómo el trabajo le ha quitado la niñez, y cómo le arrebató en parte la felicidad de los días, pero también las formas en que ha intentado cambiar sus opciones de vida.

Esto es importante porque como ella, y lo que narra, no se trata de un caso crítico o de una patología nombrada, o de “mostrar”: es un caso de sufrimiento de lo cotidiano, de una vida relatada en sucesos de infelicidad. La separación, la discapacidad, el desempleo, la pobreza. Solo que en esta oportunidad en el encuentro se convierte en “caso” que busca en el llanto una escucha, en el trabajo un refugio y en el reclamo una razón para ser leída y reconocida por otros. Aquí, luego de pensarlo, logro entender que debo mantener mi proximidad crítica.

Ella, que cocina con leña, que mantiene su casa impecable, está cansada y reclama no haber tenido infancia, juventud y no ver cómo tener vejez; ella que es joven convencida de vieja, que es fuerte, pero se siente agobiada, ella que tiene los perros más amorosos del corregimiento, que está al pie de la iglesia y que es de amores y odios me da miedo. Es porque ella también quiere conocer y yo debo ser conocida para poder humanar. Escribiendo esto descubro su humanidad, es la primera vez que hago estas notas con juicio, y caigo en cuenta que no había escuchado a V. sin temor, y que, como investigadora, no me había dispuesto a ser conocida.

Ya siento que debo volver donde ella, acercarme y entender.

¿Qué ha pasado aquí?, ha pasado que V. me está haciendo la prueba de ingreso. Tarda lo que la hora del almuerzo, ni siquiera dos horas. Es un encuentro breve pero contundente y permite pensar aspectos determinantes sobre el tiempo requerido para conocer suficiente. En este caso, el tiempo no es la permanencia física en este lugar, es volver a este acontecimiento, el campo no está cerrado a lo que ocurre en este momento, sino a mi posibilidad de volver, allí la reflexividad juega un rol central (Guber, 2019). Podría haber permanecido meses, sintiendo miedo de V. y hablar con otras y otros evitándole, sin escucharla.

Pero ese hecho y volver sobre él, describirme, escucharla, y escribirla permiten que pueda contemplar la complejidad de lo ocurrido que se trata de un asunto ritual si se quiere en lo metodológico, pero también que es el gesto etnográfico del humanar, del que hablan Suárez-Guava, (2021) que le aprendió a Ingold en el humanar, aquel de reconocernos haciendo con el otro, implicándonos, comprometiendo nuestro ser. Porque estar en el campo es *poner la vida ahí*

con, *hacer la vida con*, y eso fue lo que en el encuentro con V. empezó de algún modo a suceder, y fue el permiso para empezar luego de pensarlo, a comprender o mejor ir comprendiendo (Ingold, 2018).

Llegada 5. Seguimos siendo, conversando los relatos

Una de las cosas que me ha ocupado en este proceso es el cuidado de resultar en momento alguno extractivista. De esto habla Restrepo, (2016), al indicar que es precisamente una de las cuestiones éticas centrales de las que hay que proteger a quienes participan en un estudio, y se trata de utilizar a las personas para obtener información de la cual luego no saben nada, o a quienes no se les reconoce. El cuidado en ello, me implicó no solo trabajar en pro de una investigación sino trabajar con ellas y ellos; si la intención era hacer la vida con, y unirme a sus luchas (Vasco, 2007), para en ello hacer y trabajar a ras del suelo (Suarez-Guava, 2021) lo que me hace en primer lugar aprendiz de algo y, en segundo lugar, ser reconocida para enseñar o dar algo por lo que estoy aprendiendo, en este sentido procedo entonces a relatar cómo fue el proceso analítico y de escritura, para cerrar comentando sobre nuestras conversaciones acerca de lo escrito.

Aunque en los libros de estudios cualitativos la triangulación suele ser expuesta como una forma de verificar la calidad y el rigor de la indagación (Bans-Akutey & Tiimub, 2021; Noble & Heale, 2019), este proceso no involucra necesariamente a quienes han participado del estudio, porque quien hace las veces de investigador, llega y toma la información y lo que le guía es sólo su interés por demostrar la veracidad de sus hallazgos. Al ser esto exclusivo del lado de quien investiga, no queda atendida la necesidad de la correspondencia, por lo que, como parte del proceso, me ha parecido apenas apropiado hacer la invitación y a medida que iba avanzando los escritos, los compartía con sus protagonistas para mostrarles cómo es que he aprendido de lo que me han enseñado, y procuraba tomarme el tiempo de asegurarme de que el texto se entendiera, y de reiterar la importancia y la relevancia de lo que me enseñaban. Nos reunimos y les leía en voz alta lo escrito sobre ellos y ellas, y esperaba a que me dijeran si se encontraban conformes con lo dicho y con el modo de contarlos, a que me preguntaran y a que siguiéramos la conversación sobre el relato. Así, los diferentes participantes, escucharon lo que he escrito, lo han leído y lo han comentado conmigo.

Cuando le leí a V. su relato yo tenía la certeza de que resultaría un gesto de confianza de mi parte para con ella, pero, sucedió algo que yo no esperaba. V. rompió en llanto y cuando le pregunto por qué llora, me dijo que, a pesar de haber estado con muchos profesionales, de la medicina, psicología, fonoaudiología y terapeutas ocupacionales por todo el proceso que vivió con su hijo, ella nunca había sido escuchada. Añade que en el relato ella siente que por primera vez alguien la escuchó a ella, y no por ser la mamá o acudiente de un hijo sordo.

En el caso de otro participante “Darío”, le leo el relato sobre los hombres y cuando apenas empezaba y le leí el título me detuvo y me dijo: “*escogió las palabras más lindas para empezar, esas fueron las únicas palabras que a mí me dieron fuerza para soportar*”. Continué con la lectura y comentaba o asentía; y de nuevo: “*o sea que esto le sirve a usted para enseñarle a otros como lo pueden atender a uno*”, y me dice que recientemente estuvo con una psicóloga a la que lo derivaron en su servicio médico, y añade. “*Pero ella ni siquiera le pone cuidado a uno, es como*

estar uno ahí solo. No me dijo nada y me despachó rapidito". Y que, como ahora ya sabe qué hace una psicóloga, entonces ya es distinto, "de todos modos hay cosas que uno no es capaz todavía de decir" advierte.

Esto me hace pensar en las preocupaciones por la distancia y la proximidad en la entrevista que señalé antes, y en que de alguna manera quienes participan en el estudio sean correspondidos; aunque no tenga ese propósito, la entrevista puede generar algún tipo de efecto terapéutico (Garrels et al., 2022), y eso es lo que V. y Darío me expresaron al decir que luego de la entrevista se sintieron mejor, por el hecho de haber sido escuchados.

También, el detallar cómo ocurrió este proceso, revela el cambio que ocurre en mí a partir de prestar atención. Aunque dejé de vivir allá en diciembre de 2021, a menudo, casi siempre un jueves, recibo una llamada de saludo de alguno de ellos o de ellas, me cuentan qué ha pasado, cómo están y las novedades en sucesos y eventos que comprenden desde la muerte de un perro, una pelea o una fiesta a la que me invitan. Es como si todavía fuera con ellos, y creo que así es.

Como conclusiones y apelando la comprensión del trabajo etnográfico como disponerse a dejarse educar (Ingold, 2017a), puede afirmarse que la constitución de estas relaciones de educación comprometen y se ven comprometidas también por la perspectiva de quien investiga, y el reconocimiento de vínculos extra teóricos con ese lugar, con esas vidas, que son reconocibles en su historia, en sus intereses y en sus preguntas, que van dando forma a la singularidad del ejercicio investigativo transformando la mirada sobre los datos y demandando vitalismo no sólo en el nivel teórico sino en la experiencia de la investigación. Esto, habiendo experimentado el campo como "escenario" de investigación, ante todo con el propósito de unirse a una maraña de vidas en movimiento constante que preceden y suceden mi presencia como investigadora. En dicha maraña la reflexión sobre la experiencia propia es fundamental para la adaptación, que demanda flexibilidad, humildad ante la frustración y creatividad para continuar con el ejercicio. La elección de las estrategias y técnicas de investigación se fue depurando en el curso del caminar, la participación de los maestros y maestras fue clave, haberme guiado por sus inquietudes, intereses y las sensaciones que me suscitaba el compartir con ellos la que fue nuestra cotidianidad, no sólo dieron forma al humanar, sino que permitieron los movimientos para seguir caminando y conversando con ellas y ellos correspondiendo con el atender a la vida.

REFERENCIAS

- Albán Achinte, A. (2009). la música del despecho: ¿el sentimentalismo de lo popular? *calle 14*, 3(3), 75-85.
- Bans-Akutey, A., & Tiimub, B. M. (2021). Triangulation in Research. *Academia Letters*. <https://doi.org/10.20935/AL3392>
- Bibeau, G., & Corin, E. (1995). Une approche sociale et culturelle des problèmes de santé mentale dans des populations générales. En *Culturaliser l'épidémiologie psychiatrique. Les systèmes de signes, de sens et d'actions en santé mentale.* (pp. 57-67). Université de Montréal et Université McGill.
- DANE & UNFPA. (2020). *Triaje poblacional Risaralda 2020*. Departamento Administrativo Nacional de Estadística.
- Ferro Umaña, M. del R. (2021). Tres anotaciones sobre la etnografía desde mi experiencia como antropóloga en Colombia. En *La etnografía Problemas y soluciones* (Asociación colombiana de antropología).

- Garrels, V., Skåland, B., & Schmid, E. (2022). Blurring Boundaries: Balancing between Distance and Proximity in Qualitative Research Studies With Vulnerable Participants. *International Journal of Qualitative Methods*, 21, 160940692210956. <https://doi.org/10.1177/16094069221095655>
- Guber, R. (2019). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI editores.
- Gupta, A., & Ferguson, J. (1997). Discipline and Practice: «The Field» as Site, Method, and Location in Anthropology. En *Anthropological Locations Boundaries and Grounds of a Field Science* (University of California Press Berkeley and Los Angeles, California).
- Guzmán Peñuela, L., & Suárez Guava, L. A. (2021). Acompañemos la vida en el trabajo material: Una propuesta de indagación antropológica. *Revista Colombiana de Antropología*, 58(1), 175-205. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1992>
- Ingold, T. (2017a). *Anthropology and/as education: Anthropology, art, architecture and design*. Routledge.
- Ingold, T. (2017b). ¡Suficiente con la etnografía! *Revista colombiana de antropología*, 53(2), 143-159.
- Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas*. Universidad Alberto Hurtado.
- Martínez, L. A., Ortiz, D., Vilorio, J., Perdomo, J. C., Restrepo, C., & Vásquez, Á. (2010). *Planes de desarrollo: Derechos humanos y exclusión Risaralda 1997- 2007*. Nuevo Milenio.
- Mauss, M., & Giobellina Brumana, F. (2010). *Ensayo sobre el don forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas* (1a. ed., 1a. reimp). Katz.
- Nates-Cruz, B., & Velasquez, P. (2009). Territorios en mutación Crisis cafetera, crisis del café. *Cuadernos de desarrollo rural*, 6, 11-33.
- Noble, H., & Heale, R. (2019). Triangulation in research, with examples. *Evidence Based Nursing*, 22(3), 67-68. <https://doi.org/10.1136/ebnurs-2019-103145>
- Piñeiro, E., & Diz, C. (2018). El trabajo de campo como abandono: Una reflexión sobre la metodología de la observación participante. *Revista colombiana de antropología*, 54(1), 59-88.
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía alcances, técnicas y éticas*. Envión editores.
- Rodríguez Suárez, A. M. (2020). *Resolver y andar en junta en un mundo que totea. Antropología de la vida campesina en San Bernardo, Cundinamarca*.
- Silva Ríos, C. E., & Burgos Dávila, C. J. (2011). Tiempo mínimo-conocimiento suficiente. La cuasi-etnografía sociotécnica en psicología social. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 10(2), Article 2. <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol10-Issue2-fulltext-146>
- Vasco, L. G. (2007). Así es mi método en etnografía. *Tábula Rasa*, 6, Article 6.